

## Fichas sobre el tiempo

Tarjetas de viaje, diminutas, portátiles, numerosas, que me llevan a preguntar de qué curiosa colección forman parte. De alguna manera, es un diario, reflexiones, esbozos de pensamientos e imágenes que trae cada jornada desde la experiencia de alguien. ¿Quién? Alguien en estado de atención, en estado de contemplación continua.

Si alguna vez un fotógrafo se definió como un animal de presa al acecho de los instantes de gacela, creo que Natalia Blanch hace todo lo contrario. Aunque algunas de sus tarjetas, fichas que consignan datos, parecieran rápidamente ejecutadas, como apuntes del natural, en la serie se impone un tiempo lento, expectante, demorado. El cartón atravesado por innumerables hilos rojos, el rastro de las puntadas, más allá de la metáfora que fingen representar, indica la duración vital de alguien que espera. En este sentido, la atención de una mirada se opone al acecho de lo que pasa. Los largos minutos en que se estarce una figura con alfileres, se pican trocitos de papel formando mapas de nuestra infancia laboriosa, obsesiva, o se cosen lágrimas de sangre, medidas, en la superficie de una ficha desviada de su uso pautado, son réplicas de la memoria vivida, que no podrían reducirse a simples instantáneas. El momento realmente contemplado no puede ser una imagen, sino su desplazamiento entre los pliegues indiscernibles de la memoria y el olvido. De allí que Natalia Blanch, cuando dibuja con lo que está a mano, lápices, bolígrafos, acuarelas, colores escolares, siempre traza el instante y su disolución en ese otro pasaje, lo que se ha movido. De allí también que los dibujos hechos a partir de fotos, muchas veces públicas, de los sufrimientos que sin cesar y sin efecto prodiga el periodismo gráfico, se conviertan en siluetas, sombras, retroceso de la técnica del registro hacia formas artesanales, difusas. El dolor fotografiado y entregado al olvido de una prensa reiterativa recobra así una intensidad corporal, ya que alguien atentamente ha demorado su cuerpo, ha puesto el ritmo de su existencia, durante el lapso quizás de un día o dos, al servicio de copiar, calcar, invertir, hacer claroscuros sobre eso que la mera foto parecía mostrar sólo para anularlo al día siguiente.

El día de Natalia no es el día de la información, sino el de la paciencia que interroga un extraño destino. Y la interrogación terminará siendo la obra, puesto que ese destino no es tan sólo ser lo que se llama un artista, sino preguntar siempre, prestar atención. Preguntarse cada día por la esencia del día, modificar lo que se hace preguntando qué hacer, puede ser

una inquietante condena, una manía de esas que suelen atribuirse a los artistas; yo creo que para Natalia es más bien una felicidad.

Partículas de grafito desmenuzadas o la huella de un lápiz azul o el relieve que produce en el papel, como en una miniatura de algún movimiento geológico, la perforación repetida de un alfiler casi hasta el punto en que podría vencerse la resistencia del material, no son simples medios de expresión, son algo más que técnicas para expresar un sentido que las superaría. Pienso que son palabras, aunque no conceptos. Son la materia de las palabras, su sonoridad, cada sílaba y cada consonante. El polvo de grafito adherido a la tarjeta es la implosión de una boca pronunciando, apenas audible, ese sonido onomatopéyico: “bum”. La niña que cierra los ojos y vuelve a cerrarlos en otro lugar fuera de su rostro, y reaparece en más y más fichas que consignan su sueño, balbucea en silencio: “bebé”. Pero igualmente la mayoría de las palabras del idioma Blanch, registrado en los diseños y en los apuntes etnográficos de la antropóloga que es también su propia tribu, no tienen una traducción, oímos su música sin que llegue a resolverse en una especie de título. Otras veces, las notas de campo señalan posibles palabras que la imagen habría pronunciado. Y no digo que las imágenes hablen, metafóricamente, sino que silabeen, murmuran, musitan, como poemas de ese momento que demoran y multiplican. Natalia Blanch dibuja, perfora, pega, cose, copia y transcribe poemas en forma de fichas.

Por otro lado, también aparecen aquí y allá poemas citados, algunos versos que acompañan las imágenes. Aunque nunca se trata de ilustraciones recíprocas: ni las palabras comentan lo que vemos, ni los trazos, manchas, siluetas apuntan al sentido de lo que leemos. Hay sin duda una relación entre palabra e imagen, pero no está entre ambas, sino en otro lugar hacia el que tienden y que necesita tiempo para despuntar. Cuando se insinúa esa intuición que ha dejado atrás lo audible y lo visible, leemos una analogía más amplia que podría unir, como dijo el poeta checo Vladimir Holan, la lágrima asomada en el ojo del unicornio con la risa del perro.

Si en algunas fichas leemos “inquietud” o “desolación”, las imágenes, los materiales usados podrían decir “tranquilidad” o “apaciguamiento”. Pero el sentido no aparece en el engañoso vaivén de los opuestos – porque nada se opone menos que dos palabras o dos imágenes – sino cuando percibo, imagino que detrás de la paciencia que compone estas docenas de tarjetas arde una inquieta intensidad; cuando pienso – ¿quién sabe por qué? – que

detrás de esas palabras aisladas como rótulos, caligrafiados o mecanografiados, aparentemente devastados, late un ánimo contemplativo que puede mirar de frente al dolor sin descomponerse.

Postales de un arte venidero, sin grandilocuencia, con lo que hay a mano, con el tiempo que se tiene. Ateniéndose al tiempo en que se vive. Un tiempo para hacer y transcurrir, crecer y ver crecer, no una obra monumental que pretenda detener lo indetenible. Natalia me muestra que todo esbozo puede ser definitivo, porque marca esa línea de puntos en episodios como piedritas que recogíramos en el trayecto nómada de lo que vivimos. Definir así la duración, y la belleza que reside en cada ser, imagen, pequeña cosa que no dura, es entregarse a la única obra posible, lo que no tiene ni puede tener repetición. Nacer y morir son verbos más allá de nuestro alcance, las acciones que nos tocan, pintar, escribir, estar, sentir, etc., son el tiempo verdadero. Veo sus huellas, su rastro llamativo de hilos rojos sobre el blanco, en la colección miniaturizada y potencialmente infinita de Natalia Blanch.

Silvio Mattoni

Córdoba, marzo de 2005